



HISTORIA DE YAYA Y SU HIJO ROMÁN: SABEMOS QUE ES ENORME EL TAMAÑO DEL MONSTRUO QUE ESTAMOS ENFRENTANDO

Me llamo Oralia, pero todos me dicen Yaya, y busco a Román, el mayor de mis cinco hijos y el más mentiroso, como decimos por acá en el rancho, es decir, el más cariñoso. Nací en 1954 en el baño de mi mamá, aquí mismo en Jahuara, una comunidad con población mayoritariamente indígena que siempre ha estado abandonada por el gobierno. Cuando era niña sólo pude estudiar hasta tercero de primaria porque la comunidad más cercana donde había hasta quinto, La Palma, quedaba lejísimos y no había manera de ir todos los días a estudiar allá. Ahorita es diferente, hay primaria y telesecundaria, y los niños que estudian reciben desayuno y comida. Aún así sigue siendo una comunidad muy pobre. Algunos vecinos de las comunidades indígenas pasan por aquí en las mañanas a tomarse un café y conversar, son muy buenas personas. Aprovecho para darles algo de frijol o de maíz, dependiendo de lo que nos haya dado la tierra.

Siempre hemos sido gente de campo. Mi papá tenía su ganado y cultivaba la tierra, y mi mamá hacía quesos panela. Éramos doce hijos, y cuando fuimos creciendo todos empezamos a trabajar: mis hermanos en la pesca o cosechando algodón en Sonora y mis hermanas y yo en el campo o haciendo el quehacer en la casa.

Mi abuela materna era indígena y le heredó a mi papá la lengua yoreme, por eso yo también la aprendí desde niña. En ese entonces era muy común que en el pueblo todos la hablaran sin vergüenza. Ahora es diferente, porque a la gente le da pena ser indígena, aunque poco a poco también se va recuperando la tradición porque hay programas en las escuelas para que los niños aprendan a hablar y conozcan sus raíces.

Hay muchos problemas aquí en la comunidad, el primero es la pobreza. Los indígenas no tienen baños y algunos sólo una letrina al estilo antiguo, porque no les alcanza para más, aunque trabajan de sol a sol en el campo. Cuando es tiempo de cosecha, de aquí salen todos los días camiones llenos de gente para trabajar, pero la gente no logra salir de la pobreza. Si alguno se enferma lo llevan al hospital general y allá a veces ni siquiera tienen las medicinas para atenderlos; si se muere alguno no tienen ni para enterrarlo. Es muy doloroso ver tanto abandono.

Además de la pobreza, en los últimos años ha aumentado la venta y el consumo de drogas entre los muchachos, que empiezan fumando marihuana y siguen con el cristal. Casi todos están atrapados en eso, incluyendo a un sobrino mío de apenas 17 años y mi hijo menor, que no ha podido superar las adicciones desde que se salió del ejército, después de servir seis años.

Cuando empecé a ver a los muchachos vendiendo droga en las esquinas llamaba a la policía, pero no hacían nada y me exponía mucho, así que dejé de hacerlo con el tiempo. Otra cosa sería si nos uniéramos varias vecinas para denunciar y poder sacar a los vendedores de aquí; lo cierto es que tenemos miedo y sabemos que no contamos con el gobierno para que nos proteja.

La comandancia más cercana está en Mochicahui, a ocho kilómetros de Jahuara, y aunque estuviera cerca no importa, porque los policías están inmiscuidos en los negocios y por eso no hacen nada para acabarlos. Había un tiempo en que estos muchachos se la pasaban tirando bala y uno veía que la patrulla de policía se acercaba, recibía su pago y se iba por donde había llegado.

El cambio en la comunidad ha sido muy acelerado, y aunque la pobreza ha sido un problema siempre, no habíamos tenido tanta inseguridad como ahora porque aquí la gente siempre ha sido bien trabajadora. Yo, por ejemplo, desde niña le ayudaba a mi papá en el campo y después, cuando ya estaba más grandecita, iba con él a una empacadora de legumbres a trabajar jornadas completas.

Fue en la empacadora donde conocí a mi marido, que también empacaba con su familia. Yo tenía 17 años y él 24, y a mis 18 ya estaba

pariendo a mi primer hijo, Román, al que le siguieron una mujer y tres hombres. Ya con todos los chamacos decidimos irnos a vivir a Mochicahui para mejorar nuestras condiciones de vida; allá puse un puesto en el mercado municipal donde vendía papa, cebolla y tomate, poco a poco fui metiendo más productos y el negocio siguió creciendo, hasta que llegó la devaluación de 1994 y afectó toda la economía. Después de eso costó mucho recuperarse; quedé viuda cuando mi hijo mayor tenía 15 años y el más chico 11, así que tuve que sacarlos adelante sola y en un momento muy difícil.

Román siempre fue bien trabajador y me ayudó mucho durante esos años. Era muy amable con la gente y por eso todos lo querían. Si había algún enfermo en el pueblo él se ofrecía a llevarlo al hospital. Tenía un carrito en el que trabajaba llevando y trayendo gente todo el día porque hasta acá no llega transporte. Recuerdo que una vez un señor se cortó una vena con el machete cuando estaba trabajando en el campo y Román se fue apuradísimo a llevárselo al hospital. El señor todavía se acuerda y dice que si no fuera por mi hijo se hubiera desangrado hasta morir.

Era un muchacho trabajador desde chico y a los 18 años ya estaba casado, pero no duró mucho viviendo con la muchacha porque era muy celoso y ella no quiso seguir esa vida, así que lo dejó cuando estaba embarazada, sin decirle nada. Pasaron años para que conociéramos a mi nieto Lucas, que ni siquiera lleva el apellido de la familia porque la muchacha se juntó con otro hombre que le dio el suyo. Mientras Lucas crecía, mi hijo se fue un tiempo para Phoenix, Estados Unidos, y se casó con una señora que ya tenía dos o tres niños y tuvieron una niña juntos. Allá trabajaba tranquilo en un rastro de reses, hasta que lo deportaron.

Cuando regresó, Lucas empezó a frecuentar nuestra casa, siempre venía con algo en las manos, un pan o alguna cosa para compartir. Era un buen muchacho, pero estaba enredado trabajando con unos amigos como chapulines, de esos que van de un lado a otro vendiendo droga. Una vez unos conocidos le dijeron a Román, en uno de los viajes que hizo a Mochicahui, que Lucas estaba en la lista de los que iban a matar,

que ya lo habían ubicado y conocían todos sus movimientos; entonces, como pudo, mi hijo lo sacó del pueblo en la noche para protegerlo. Lo mandaron a Hermosillo a trabajar con un tío, pero no aguantó mucho y se regresó.

El muchacho no creía en las advertencias y llegó el día en que las cumplieron. Estábamos próximos a la Semana Santa de 2014 y había mucho movimiento por las pascolas; las fiestas de los yoremes empiezan en pascua y terminan en la semana mayor. El viernes 4 de abril mi hijo Román se fue para Mochicahui a llevarle unas fresas con crema a su novia, que estaba embarazada y andaba en la fiesta con sus papás. Ese día aprovechó para agarrar muchos viajes de gente que iba y salía de la fiesta, hasta que se encontró a su hijo Lucas.

Cuando iban por la carretera los alcanzó un carro negro deportivo sin placas que les cerró el paso; abrieron la puerta y empezaron a jalar a Lucas para llevárselo a la fuerza. Mi hijo, que estaba del lado del conductor, bajó a darse de trancazos con los muchachos para que no se llevaran a Lucas y entonces se los llevaron a los dos. No dejo de pensar que si Román no se hubiera bajado quizá estaría aquí con nosotros.

Todo sucedió en Las Higueras, enfrente de mucha gente que vio el carro y a las personas que se llevaron a Román y a Lucas. Los testigos coincidían en que había sido un carrito deportivo negro sin placas, así que yo empecé a buscarlo hasta que di con él y con los muchachos que lo conducían.

Empecé a espiarlos y vi que entraban y salían de un cuartito en Mochicahui; me imaginaba que allí los tenían secuestrados, pero luego vi que había locales encima y abajo, así que no podían tenerlos allí, era muy arriesgado.

Todo esto se lo dije al Ministerio Público y le di los datos exactos del lugar, del carro y de las personas, pero no me hicieron caso. Después esos muchachos cayeron presos por portación de armas y otros delitos, pero quedaron pronto en libertad y andan por ahí muy tranquilos, haciendo de las suyas. Uno va al Ministerio Público a poner la denuncia y ellos hacen un montón de preguntas, pero no investigan, en realidad sólo se dedican a abrir carpetas y cerrar casos. Fui yo quien se dedicó a

buscar a Román, empecé a recorrer canales, ríos, caminos, sembradíos, pero no obtuve nada.

Hacia mis propias investigaciones, cuidándome siempre de no meterme en problemas y sobre todo de no poner a mi familia en riesgo, porque si llegaran a hacerme algo hasta ahí llegó quién busque a mi hijo, quién se preocupe por él. La verdad no tenía miedo de que me hicieran algo, pero sí de que se metieran con mi familia.

Yo andaba buscando sola, de un lado para otro, cuando escuché en la radio una entrevista que le hicieron a la maestra Rosa Elia, que también buscaba a su hijo desaparecido. Dí con su casa preguntando aquí y allá, le toqué la puerta y le dije que era una madre igual a ella y rápido me abrió. Igual que yo, la maestra se había dedicado a buscar a su hijo porque lo más importante es saber dónde están; el resto se lo encargamos a Dios. Y ni siquiera se nos ocurre tomar justicia por nuestra propia mano porque sabemos que es enorme el tamaño del monstruo que estamos enfrentando. ¡Que Dios tenga piedad y misericordia de ellos! Porque de la justicia divina nadie se escapa.

Empezamos a hacer marchas y poco a poco se sumaron más mujeres, madres, esposas, hermanas, así que nos fuimos dando cuenta de que éramos muchas más de las que habíamos pensado y de que el gobierno mentía cuando aseguraba que aquí la desaparición no era un problema.

Yo nunca me habría imaginado marchando por las calles, gritando por justicia con la mano alzada. Siempre me había interesado ayudar a la gente, a los discapacitados, a los ancianos y los niños, pero jamás me había visto haciéndole un reclamo directamente al gobierno, exigiéndole a gritos. Pero cuando una está acompañada se siente muy diferente, por eso para mí todo cambió cuando me uní a Las Buscadoras; aunque el trabajo que hacemos es muy doloroso, hacerlo juntas nos da felicidad, porque todas somos hermanas y hacemos una gran familia.

El dolor ha sido inmenso y ha tardado años en calmarse, hubo periodos en que me tumbó a la cama, pero luego lograba reponerme. Nunca he dejado de extrañar a mi hijo, porque era muy cariñoso conmigo y muy querido por todos. Y es que la vida le cambia a uno completamente cuando le falta un hijo, y sobre todo si es un buen hijo como

Román. Además, él siempre nos ayudó económicamente, y cuando se lo llevaron caímos en crisis y nos costó mucho volver a levantarnos. Cuando él estaba con nosotros el solar de la casa estaba lleno de vida, teníamos gallinas y cultivábamos la parcelita.

Con el tiempo he retomado el trabajo en la tierra y el cuidado de los animales, aunque no tengo las mismas energías que antes y me han resultado muchos achaques desde que desaparecieron a mi hijo. Hay momentos que son más difíciles que otros; por ejemplo, cuando se acerca la Semana Santa y empiezan a salir los judíos a bailar por los caminos se me arruga el corazón porque se acerca la fecha en que se llevaron a mi hijo.

En verdad que me cuesta trabajo imaginar un buen futuro para las nuevas generaciones, para mis nietos y los chamaquitos de la comunidad, porque cada vez tenemos más violencia. Nada más en nuestra familia han matado a tres sobrinos en los últimos años, todos muy jóvenes, y eso duele mucho.

Hasta me da miedo pensar en el futuro, porque si hay algo cierto es que no tenemos un gobierno que nos proteja, no hay autoridad que sirva porque en sus narices los malos hacen lo que quieren. Por eso no busco culpables, porque de eso tendría que encargarse la justicia, y no hay justicia al menos para nosotros. Lo único que nos queda por hacer es cuidarnos y cuidar a nuestros hijos y nietos para evitar que corran con la misma suerte de tantos que nos faltan.

EL MONSTRUO SIGUE AHÍ. CARTA A ORALIA

Cuando leí tu historia sentí muchas emociones, coraje, rabia, desesperación, ira, pero sobre todo sentí un dolor inmenso.

El monstruo del que usted habla sigue aquí, aun con más fuerza, lo más sorprendente es que no se haga justicia y que el mismo gobierno esté con toda esa gente que nos lastima y nos hace tanto daño.

Admiro el valor y la fuerza que usted ha tenido para salir adelante y sobrellevar el dolor por la ausencia de sus seres queridos.

Siga así, nunca se rinda, todas ustedes son unas guerreras valientes, nunca pierdan la fe, la esperanza, Dios mismo se encargará de hacer justicia. Ustedes son un ejemplo a seguir, recuerden que todo en esta vida se paga y las personas que a usted le hicieron daño recibirán su castigo.

Oralia, es una mujer admirable, llena de muchas cualidades y virtudes, ese amor de madre la hace aún más fuerte, deseo que pronto acabe todo el sufrimiento y que la comunidad en donde vive avance, prospere, haya más oportunidades de trabajo para todos y que sus nietos tengan en un futuro una vida con paz y dignidad.

Una amiga, desde el Cereso Morelos,

DULCE ISELA CASTILLO